

La celebración del 9 de agosto, Día Internacional de los Pueblos Indígenas, a propuesta de la Asamblea General de las Naciones Unidas (ONU), nos hace fijarnos en aquellos habitantes del Planeta cuyas existencias transcurren ajenas –o marginadas– respecto a la cultura dominante. A duras penas resisten el influjo de la civilización occidental. Sus lenguas se están extinguiendo, sus costumbres caen en desuso, su hábitat natural va desapareciendo.

Todo ser humano necesita sentirse vinculado a un colectivo, enraizado en una tradición. Somos indígenas de nuestra tierra, nativos de nuestro entorno social, individuos integrantes de un pueblo. Una historia, un idioma, unas costumbres definen en gran medida nuestra idiosincrasia. No seríamos nosotros mismos fuera de las coordenadas que nos han engendrado.

La Iglesia también tiene un origen concreto. Surgió en un contexto geográfico, cronológico y mental determinado. La revelación de la que se siente depositaria sintonizó con la sociedad que la vio nacer. Pero cuando la Iglesia se aferra a un único contexto cultural, traiciona su razón de ser, esto es, ser "católica", es decir, universal.

En vasijas de barro mantiene vivo un mensaje que aspira a ser escuchado por gentes de todo pueblo y nación. Nadie puede quedar al margen de esta invitación a creer en una esperanza que lo trasciende todo, incluso, las fronteras culturales.

Durante siglos los cristianos han tenido la tentación de inculcar su modo de pensar a otros pueblos. Hoy descubrimos con asombro destellos de la verdad inscritos en la sabiduría de los hombres más dispares.

El próximo Sínodo de la Amazonia será una magnífica oportunidad para mostrar cómo aquellos que viven más cerca de la naturaleza captan con mayor nitidez el sentido sagrado de lo real.

Afrontamos el reto de transmitirles la verdad en la que creemos en un lenguaje inteligible para ellos. Pero tal vez el mayor desafío sea estar atentos a la verdad que durante siglos han custodiado sus tradiciones. ■

despertar

